

pero... Asegúrame de los cabellos, que así te es más fácil el golpe...

El soldado, lleno de curiosidad, cogió la rubia mata, se la arrolló á la muñeca, tiró hacia sí, y de un solo golpe segó el cuello de cisne, horrorizado cuando un caño de sangre roja y tibia le saltó á la cara, envuelto en la hierba milagrosa...

Así salvó Albaflor el simbólico lirio blanco.



SOBREMESA

EL café, servido en las tacillas de plata, exhalaba tónicos efluvios; los criados, después de servirlo, se habían retirado discretamente; el marqués encendió un habano, se puso *Char treuse* y preguntó á boca de jarro al catedrático de Economía política, ocupado en aumentar la dosis de azúcar de su taza:

—¿Qué opina V. de la famosa teoría de Malthus?

Alzó el catedrático la cabeza, y en tono reposado y majestuoso, moviendo con la sobredorada cucharilla los terrones impregnados ya, dijo con expresivo fruncimiento de labios y pronunciando medianamente la frase inglesa:

—*Moral restraint*... ¡Desastroso, funesto para la vida de las naciones! Error viejo, ya desacreditado... Pregúntele V. al señor Samaniego de Quirós, que tan dignamente representa á la república de Nueva Sevilla, si está conforme con Malthus y su escuela.

—Distingo—contestó el ministro americano, deteniendo la taza de café á la altura de la boca, por cortesía de responder sin tardanza.—Soy

partidario en Europa y enemigo en América. Nosotros poseemos una extensión enorme de tierra fertilísima, y hemos cubierto el territorio de ferrocarriles y salpicado el litoral de magníficos puertos; ahora sólo nos faltan brazos que beneficien esa riqueza, y nos conveniría que el *tecolote*, ó lechuza sagrada, que en nuestra mitología indiana estaba encargada de derramar los gérmenes humanos sobre el planeta, nos sembrase un hombre detrás de cada mata, para convertir en Paraíso terrenal cultivado lo que ya es Paraíso, pero inculto.

—No les hacía á Vds. la pregunta sin intrínquilis—advirtió el marqués.—Quería saber su opinión para formar la mía respecto á una mujer que fué condenada á cadena perpetua, y que yo no he llegado á convencerme de si era la mayor criminal ó la más desdichada criatura del mundo.

—¿Pues qué hizo esa mujer?—preguntaron á la vez y con el interés que siempre despierta el anuncio de un drama todos los convidados del marqués, apiñándose alrededor de la mesilla cargada con el cincelado servicio de café y las botellas de licores color topacio.

—Lo habrán Vds. leído quizá en los periódicos; pero esas noticias telegráficas, en estilo cortado, se olvidan al día siguiente, á no ser que, como á mí, produzcan impresión tan profunda que luego se quiera averiguar detalles, y que, averiguados, quede fija en el alma la terrible historia, en forma de problema, de remordimiento y de duda. La van Vds. á oír..., y si la

sabían ya, me lo dicen, y también lo que piensan de ella, á ver si me ilumina su ilustrado parecer.

“En uno de los barrios más destartados y miserables de este Madrid donde se cobija tanta miseria, ocupó un mal zaquizamí una pareja de pobretes: él obrero gasista, ella hija del arroyo. El marido trabajó algún tiempo... regular; en fin, que comían casi siempre ó poco menos. Vinieron los chiquillos, más espesos que las hogazas; hizo falta trabajar firme, pero el hombre flojeó, mientras la mujer se agotaba lactando. La historia eterna, reproducida á cientos de miles de ejemplares: un poco de fatiga y desaliento trae la holganza; la holganza llama por la bebida; la bebida por el hambre; el hambre por las quimeras; de las quimeras se engendra la riña y la separación. El obrero una noche abandonó el tugurio, soltando blasfemias y maldiciendo de su estrella condenada, porque, según él, quien se casa es un bruto, quien tiene hijos dos brutos, y quien los mantiene tres brutos y medio, y jurando que cuando él volviese á aportar por semejante leonera habría criado pelos la rana.

„Allí se quedó sola la mujer, con los cinco vástagos, la mayor de diez años, de once meses el menor. Buscó labor, pero no la encontró, porque no podía apartarse de los niños, y en especial del que criaba, ni se improvisan de la noche á la mañana casas donde admitan á una asistenta ó una lavandera desconocida, famélica, hecha un andrajo, con un marido borra-

chín y de malas pulgas. El único trabajo que la *salió*, como ella decía, fué recoger huesos, trapos y estiércol en las carreteras; gracias á este arbitrio se ganaba un día con otro sus tres ó cuatro perros grandes.

„Vino un invierno lluvioso y muy crudo, y el recurso faltó, porque la lluvia es la enemiga del traperero; le hace papilla la *mercancía*. Transcurrió una semana, y en ella empezaron á debilitarse de necesidad los niños. La madre andaba escasa de leche; el crío lloraba la noche entera, tirando del pecho flojo. El panadero, á quien se le debían ya diez y seis pesetas, se cerró á la banda, negándose á fiar. La Sociedad de San Vicente dió unos bonos, y comidos los bonos, el hambre y el desabrigo volvieron. La mujer salió de su casa una tarde—vispera, por cierto, de Reyes—y vendió su única joya, una chivita blanca, muy hermosa, por la cual sacó algunos reales. Fuése á la Plaza Mayor, compró unos Reyes Magos, preciosos, á caballo, con su estrella y su portalito; además atestó los bolsillos de piñonate y se echó una botella de vino bajo el brazo. Llevó pan, garbanzos, tocino; llegó á su casa; puso el puchero, y los niños, locos de alegría, después de jugar mucho con los Santos Reyes, comieron olla y golosinas, y se acostaron atiborrados, y se durmieron al punto. La madre también comió y bebió vino á placer. Con el alimento y el Arganda sintió que subía la leche á su seno: se desabrochó y dió un solemne hartazgo al pequeñillo. Así que le vió tan lleno que cerraba los

ojos, le metió de firme el pulgar por el cuello, asfixiándole.

„Se llegó luego al mal jergón donde juntos dormían la niña de tres años, el niño de seis y el de nueve. A la de tres la apretó el gáznate hasta dejarla en el sitio. Al de seis igual. Pero el mayorcito se despertó, y sintiendo las manos de su madre en el pescuezo, se defendió como una fierecilla. Mordía, saltaba, pateaba, no quería morir; la madre consiguió batirle la cabeza contra la pared, y así aturdido, ahogarle.

„Volvióse entonces y vió á la niña mayor, de diez años, incorporada en su jergón, con los ojos dilatados de horror y las manos cruzadas, chillando, pidiendo misericordia. Tenía aún sobre la almohada las figuritas de los Santos Reyes. „Paloma,—dijo la madre acercándose,—tu padre se ha largado, á tus hermanitos los he despachado y yo llevaré el mismo camino en seguida, porque no puedo más con la carga. ¿Te quieres tú quedar sola en este amargo mundo?

„Y la chiquilla, convencida, alargó el pescuezo y se dejó estrangular sin defenderse; como que, muerta, tenía una expresión dulce y casi feliz.

„Cubrió la madre á las cinco criaturas con unos trapos y las mantas; encendió el anafre; cerró las ventanas: se tendió en la cama y esperó.

„Los vecinos habían oído gritar al chico y á la niña. Percibieron tufo de carbón; recelaron y rompieron la puerta. La madre se salvó de

morir; la llevaron á la cárcel entre una multitud que la amenazaba y maldecía; la juzgaron, y en la duda de si era fingido ó no era fingido el suicidio, ni se atrevieron á enviarla al palo ni á absolverla. Lo que hicieron fué sentenciarla á cadena perpetua.,,

Al pronto, nadie comentó la historia del marqués, tan impropia de un amo de casa que obsequia á sus amigos. Por fin, el catedrático de Economía murmuró sentenciosamente:

—No veo clara la conducta de esa mujer. ¿Por qué no ahorró los dineros producto de la venta de la cabra, en vez de malgastarlos en figuritas de Reyes y estrellas de talco? Con esos cuartos vivían una semana lo menos. El pobre es imprevisor. ¡Ah, si pudiésemos infundirle la virtud del ahorro! ¡Qué elemento de prosperidad para las naciones latinas!

—¿Y V.—preguntó el marqués sonriendo— enviaría á esa mujer á presidio?

—¡Qué remedio!— exclamó el interrogado, presentando las suelas de las botas al calorcillo de la chimenea.



EVOCACIÓN

EL marqués de Zaldúa era, al entrar en la edad viril, secretario de Embajada, garzón cumplido y apuesto, con una barba y un pelo que parecían siempre acabados de estrenar, manos tan pulcras como las de una dama, vestir intachable, y conversación variada y en general discreta: en suma, dotado de cuantas prendas hacen brillar en sociedad á un caballero. Y en sociedad brillaba realmente el marqués; sonreíanle las bellas, y de buen grado se refugiaban en su compañía á la sombra de una lantana ó de un gomero, en una *serre*, á charlar y oír historias, á desmenuzar el tocado ó á comentar los amoríos de las demás. Su brazo para ir al comedor, su compañía para el rigodón, eran cosas gratas; su saludo se devolvía con halagüeña cordialidad, de igual á igual; ramo que él regalase se enseñaba á las amigas, previo este comentario: "De Zaldúa. ¡Qué amable! ¡Qué bonitas flores!,"

En vista de estos antecedentes, no faltará quien crea que nuestro diplomático es un afortunado mortal. No obstante, el marqués, que por tener buen gusto en todo hasta tiene el de

no ser jactancioso ni fatuo, afirma, cuando habla en confianza absoluta, que no hay hombre de menos suerte con las mujeres.

—Si me pasase lo contrario; si fuese un conquistador, me lo callaría —suele añadir sonriendo.—Pero puesto que nada conquisto, no hay razón para que me haga el misterioso y oculté mis derrotas. Soy el perpetuo vencido: ya he desesperado de sitiar plazas, porque sé que habría de levantar el cerco prudentemente, para salvar siquiera el amor propio.

Reflexionando sobre el asunto, he dado en creer que mi mala ventura es hija de lo que llaman mis éxitos de salón. ¿Ha observado V. que las mujeres menos amadas son esas tan festejadas, esas reinas mundanas que al pasar levantan rumor de admiración y á quienes todos los hombres tienen alguna insubstantialidad que decir? Algo parecido nos debe de suceder á los que en los círculos muy escogidos no hacemos papel del todo desairado. También creo que me perjudica... no vaya V. á reirse... la buena educación de familia. Me lo inculcaron desde niño, y soy extremadamente cortés con las señoras: imposible que nadie las trate con más respeto, con más delicadeza. Al hablarlas las incienso; al sonreirlas les dedico un poema. Y aunque parezca extraño... á veces se me ocurre que las mujeres, por la dependencia en que vive su sexo desde tiempo inmemorial, tienen un flaco inconfesado por los hombres insolentes y duros, reconociendo en ellos al amo y señor. Los que estamos dispuestos á

descolgar la luna para complacerlas, quizá pasamos por sandios ó por débiles: dos cosas igualmente malas.

Cierto día, hablando así el marqués á un amigo suyo, el amigo le preguntó si era posible que tanta galantería, tanta corrección, no le hubiesen valido algo más que simpatías, y si nunca se había creído dueño del corazón de una dama. El marqués, después de algunos instantes de perplejidad, contestó:

—En fin, ya ha pasado tiempo, la interesada no existe, y si V. me permite callar el nombre, contaré la única fortunilla que tuve... Después de que V. se entere, no me llamará alabado por haberla contado... Es una victoria negativa, que concurre á demostrar lo mismo que decíamos antes (y aquí el marqués sonrió con cierto humorismo triste); á saber, que no eclipsaré yo á los Tenorios ni á los Mañaras.

“Una de las veces que vine á España con licencia á ver á mi madre, encargóme ésta que cuando regresase á París visitase á una duquesa amiga suya, á quien no había visto en muchos años, porque vivía retirada, desde la muerte de una hija muy querida, en soberbia quinta á poca distancia de Bayona. Resuelto á cumplir el deseo de mi madre, resolví también no aburrirme, ó al menos no demostrarlo, en las horas que la visita durase. Me bajé en la estación más próxima á la quinta, donde ya me esperaba el capellán de la duquesa con un break.

„A fuer de señora fina, la duquesa me recibió con muestras de contento, y salió á salu-

darme al vestíbulo, toda de luto, sin más adorno que unos pendientes de perlas de inestimable precio, por lo iguales, lo gruesos y la hermosura de su oriente...

—¿Como aquellas dos perlas que V. lleva en la pechera muchas noches?

—Justo. Mi primer movimiento, al ver á la señora, fué tomarla la mano y besársela con devoción y viveza. Noté sorprendido qué tan sencilla atención le hacía salir el color á las mejillas. ¡Cuánto tiempo que nadie la besaba la mano! No sé por qué, al advertirlo, me ocurrió lisonjear un poco á la pobre señora, tratándola como trata á una mujer joven, guapa y digna un muchacho de buena sociedad, con hábil mezcla de respeto y galantería. Las primeras palabras de la duquesa fueron para notar mi gran parecido con mi madre, y lo dijo con la tierna turbación del que recuerda afectos y alegrías pasadas. Después añadió que, comprendiendo lo que son muchachos, me rogaba que me considerase en su casa enteramente libre, y que sabiendo las horas de comer, y enterado de que en la quinta había coches y caballos á mi disposición, podía arreglar los días á mi gusto. Respondí con calor que no me había desviado de mi camino sino para verla y acompañarla, y que ella no sería tan cruel que no me permitiese gozar, aunque sólo fuese por breve tiempo, de su conversación y trato. Nuevamente se coloreó su cara, y como hiciese una indicación al capellán para que me mostrase la quinta, la supliqué—si no

la era molesto—que me la enseñase ella misma, á la hora que tuviese por más conveniente, porque el recuerdo de aquella finca se uniese al de su dueña en el santuario de mi memoria. Al punto la duquesa pidió su sombrilla, su sombrerito de jardín, y sin dilación quiso que fuésemos á recorrer arriates, estufas, bosques y granja ó caserío de los colonos. La presenté el brazo y la sostuve con vigor, con la tensión de músculos que en un baile desarrollamos para pasear por los salones á la reina de la fiesta y ostentarla.

„Durante el paseo la fuí animando, á fuerza de atención, á que hablase mucho, y dos ó tres veces la hice reír y contestar en tono chancero. En el invernáculo nos paramos delante de una flor rara, el jazmín doble, y alabando su aroma, la rogué que me pusiese una rama en el ojal. Consintió declarando que yo era muy caprichoso; y mientras me sujetaba la rama con sus dedos torneados aún, la miré al fondo de las pupilas, con una gratitud risueña y... no sé cómo diga... iba á decir *amorosa*... en fin, con un no sé qué, que la hizo bajar los ojos... ¡Sí, bajarlos!

„Volvió de la excursión algo fatigada; subió á arreglarse para comer, y durante la comida procuré seguir entreteniéndola, sin que la conversación languidciese un minuto. A los postres, volví á ofrecerle el brazo, y ya lo tomaba para pasar al salón, cuando el capellán, asombrado, la recordó que faltaba dar las gracias. Rezamos, y ya en el salón, me senté al lado de

la duquesa é insensiblemente la traje á hablar de su juventud, de sus triunfos. Al contarme que en un baile de casa de Montijo llevaba traje rosa salpicado de jazmines—justamente de jazmines—exclamé como involuntariamente.—¡Qué hermosa estaría V.!—Volvió la cabeza, hubo un silencio eléctrico de algunos segundos... y noté que su respiración se hacía difícil.

„Al retirarme á mi cuarto, recapacité, y me alarmé, lo confieso; vi en perspectiva la ridiculez posible de una situación hasta entonces tan original, tan graciosa, tan culta... y resolví marcharme á coger el tren que pasa al amanecer por Bayona. Dicho y hecho: salté de la cama, me vestí, bajé á la cuadra, mandé poner el break, y dejé una cartita para la duquesa, donde, presentándola todas mis excusas, indicaba que las despedidas son siempre melancólicas, y que mi deseo era que no quedase ningún mal recuerdo de mi breve estancia.

„El día de Año nuevo recibí en París una caja. No contenía más que jazmines dobles. El día de mi santo recibí otra. Igual contenido. Al cumplirse un año — día por día — de mi llegada á la quinta, más jazmines. Ya no pude dudar de la procedencia. La duquesa los criaba á precio de oro, y me los enviaba en toda estación.

„Después nada recibí... más que la noticia de la muerte de la duquesa, y á poco me entregaron esas perlas que V. sabe—sus pendientes—que en su testamento me legaba á título de

recuerdo del día *en que nos conocimos*. Así rezaba la cláusula: *en que nos conocimos*.

„Ea, ya sabe V. mi conquista...„

—¿Y V. cree—preguntó el amigo con suma curiosidad—que la duquesa no enfermó de pena de no verle?

—La duquesa tenía sesenta y cinco años—dijo por vía de contestación Zaldúa.



CONFIDENCIA

NUNCA me había sido posible adivinar qué oculto dolor consumía á Ricardo de Solís, imprimiendo en sus facciones una huella tan visible de siniestra amargura.

Todos cuantos le veían experimentaban la misma curiosidad punzante, igual deseo de conocer el secreto—que había secreto saltaba á los ojos—de por qué aquel hombre parecía la tétrica imagen de la pena.

Los más sagaces ni presumían siquiera dónde podría hallarse la clave del misterio. Ricardo de Solís era soltero; su hacienda mucha; limpia y noble su ascendencia; vigorosa su complexión; su presencia gallarda. Alguien atribuyó su abatimiento á males físicos: su médico lo desmintió, asegurando que nada le dolía á Solís. Las damas cuchichearon no se qué de amores imposibles y secretos lazos ilegales: púsose en acecho la malicia, figoneando como entrometida dueña, y sólo descubrió patentes indicios de una indiferencia suprema en cuestiones femeniles.

Se habló de pérdidas en Bolsa, de deudas, de

usuras, de atolladeros sin salida; pero el agente que manejaba fondos de Solís, su abogado, sus proveedores, sus compañeros de casino desmintieron tales voces, declarando que no existían en Madrid cien fortunas tan saneadas ni tan bien regidas como la de Don Ricardo. Por ninguna parte se veía el punto negro, y justamente el no verlo excitaba más la sed de saber y enterarse de lo que á nadie importa, sed que aflige y caracteriza á los desocupados é inútiles, ó sea á la mayoría social.

A mí también declaró que me daba en qué pensar el enigma; pero mi curiosidad—y perdónenme los demás curiosos—tenía alguna justificación, al modo que la tiene la crueldad del vivisector que despelleja á un conejo en interés de la ciencia. Cuanto más vivo, más voy creyendo que la Biblia en cuyas páginas se estudia el supremo saber, es la humanidad. Como los rancieros y primorosos horarios que iluminaba la mano paciente del monje en la Edad Media, el libro del corazón humano no tiene página que sea igual á otra. Como en esos mismos horarios, al lado de la página donde los ángeles, cercados de luz, saludan á la Inmaculada Doncella, está la página donde los vicios, representados al natural ó en forma de inmundas alimañas, ostentan sin rebozo su fealdad y desnudez. Como en los mismos horarios, la impresión definitiva que produce en el alma el conjunto de divina pureza y desnuda fealdad, es una impresión religiosa.

Defendida así mi propia causa, diré que puse

en juego todos los recursos decorosos y lícitos, todas las estratagemas de buena guerra para descifrar el logogrifo viviente. Busqué con maña el trato de Solís; estudié el modo de atraerle á mi casa; le serví en dos ó tres asuntos de poca monta; y tuve la habilidad de presentarme como persona á quien son profundamente indiferentes las historias ajenas. No sé si lo creyó, pues la impertinencia de las gentes le tenía muy prevenido y en guardia; sé que aparentó creerlo, y estimó mi cauta discreción en lo que valía. Quizá lisonjeado por ella—la discreción es siempre una lisonja, pues implica respeto—fué dejándose ganar al trato frecuente, siempre reservado, siempre serio, siempre mudo sobre *lo esencial*—lo que todos deseaban saber y yo más que todos.

Cuando ya íbamos siendo amigos, me pareció notar que la escondida llaga de la vida de Solís se enconaba. La contracción de su rostro, lo torvo de su mirar, la expresión de *condenado* visible en ojos, boca y hasta en la nerviosa dilatación de la nariz, por donde exhalaba involuntariamente el suspiro de agonía á que los apretados labios no querían abrir camino,—eran otros tantos indicios delatoros del desastre moral, sujeto, como el físico, á leyes fatales de progresión. El alma de Ricardo de Solís naufragaba; hundida en las olas y sin fuerza ya para combatir las, sacaba á flor de agua la cabeza, miraba con desesperación al cielo—y volvía á sentirse sorbida por el remolino inexorable.

Al mismo tiempo que observé todos estos síntomas alarmantes, creí percibir otros... ¡cuán leves eran! ¡cuán vagos! ¡cuán indefinibles!—de una tendencia á quebrantar aquel horrible silencio, á deshacer el nudo de la garganta, á despedazar la glacial costra, dejando paso al torrente de lava que estremecía el subsuelo. Los librepensadores que hacen mofa de la confesión auricular, desconocen la íntima textura de nuestro espíritu, que rara vez puede resistir sin desfallecer el peso del secreto propio. El reo que acosado, acorralado, con la sentencia de muerte encima, sabe que el confesar es peligroso, pero confiesa, porque *no puede menos*, saborea un placer inefable, cuya causa no adivina, porque ignora que la afirmación de la verdad complace á nuestra alma racional, como á nuestra vista la línea recta.

Tal era, sin duda, el estado psíquico de Ricardo de Solís: en varias ocasiones sospeché que le subía á la boca la confesión, y allí se paraba espantada de sí misma. Y, por último, adquirí el convencimiento de que Solís—un día ú otro, quizá mañana, quizá dentro de un año—hablaría, porque era necesario, era fatídico que hablase. Lejos de facilitarle ocasión, me esmeré más que nunca en que me creyese indiferente y distraída. Los cismáticos griegos se confiesan á una pared y no tienen rubor. Yo fingí ser de cal y canto, para que, al llegar la segura y tremenda confidencia, fuese absoluta, sin hipócritas reticencias, ni atenuaciones, ni distingos.

Una noche entró Solís. Nadie estaba conmigo: ardía mansamente la chimenea: la pantalla verde apenas dejaba filtrar la claridad del quinqué; el aposento se encontraba á esa fantástica semi-luz que favorece la expansión de la confianza: fuera zumbaba el viento de invierno, lúgubre y sordo: dentro, la alfombra y las cortinas amortiguaban el ruido más leve. En el modo de saludar, de sentarse, de iniciar la conversación, comprendí ¡desde el primer instante! que aquella noche se descorría el velo misterioso.

He de confesar mi cobardía. A las primeras palabras de la historia de Solís senti impresión tal, que quise rechazar la confidencia, y aconsejé al desgraciado que fuese á arrodillarse á los pies de un hombre bueno y justo, con facultad para absolver á los mayores culpables en nombre del que murió por ellos.—Mi repulsa fué hábil, pues acrecentó en Solís el ansia de abrir su corazón.

“No hay sacerdote para mí,—me dijo ronco y tembloroso, apoyando en las manos la frente.—“Ni hay sacerdote, ni yo quiero ser perdonado... ¡El perdón me horroriza!”,—añadió rechinando los dientes.—“No, no se asuste V. *todavía*. Ahora verá V. ¿V. sabe lo que quieren á sus hijos las madres? Pues pinte V. el cariño de cien madres de las más extremosas, y comprenderá V. lo que era la mía... No me separé de ella desde el día en que nací, y creo que eso mismo... creo que el exceso... Lo cierto es que cuando fuí un minuto hombre, hirvió en mí un ansia insensata de libertad.

“Quería vivir á mi gusto, no sé si mal ó si bien, pero dueño de mí, sin traba ninguna de voluntad ajena. Un instinto diabólico me llevaba á hacer todo lo contrario de lo que quería y aconsejaba mi madre. Sospecho que aquello tenía algo de manía ó demencia. El alma es insondable. No sé cómo fué, puedo jurarlo; pero lo cierto es que la contradecía, la afligía, la maltrataba con rabia, primero de palabra, después...”

Aquí Solís exhaló una especie de gemido convulsivo y calló. Yo me guardé muy bien de manifestar que me asustaba la revelación horrenda. Mi silencio y mi serenidad animaron al reo.

“Lo que más la angustiaba era el que yo bebiese... y, sin ganas, bebía... sólo por mortificarla, por... Adquirí costumbre... Sucedió que una vez vine á casa... ebrio... ebrio... Con toda la energía de su amor me reprendió, afeó el mal hábito... y... después... quiso acostarme, cuidarme como cuando era niño... Salté furioso... la rechacé brutalmente... no sé lo que dije... la amenacé, jurando que si se empeñaba en tratarme como á un muñeco, pegaría fuego á la casa... Y al decirlo, arrimé la luz que estaba sobre la mesa á una cortina... La llama subió deprisa, culebreando... Yo entonces tuve no sé qué vislumbre de razón, y huí pidiendo á voces jagua, socorro! Por pronto que acudieron los criados, que ya dormían... mi madre... desmayada, aturdida del golpe que la di al rechazarla... caída en el suelo al pie de la cortina... su

traje en comunicación... rodeada de llamas...»

El parricida alzó la cabeza y clavó en mí dos ojos que eran dos ascuas vivas. Pedí á Dios que les enviase á aquellos ojos una lágrima... y Dios, compasivo, debió de oirme, porque las ascuas se apagaron, se vidriaron... Un sollozo acompañó el fin de la confesión.

“Mi madre dijo á todos que ella misma, con la bujía, se había prendido fuego á la ropa... De allí á ocho días... porque duró ocho días... entre sufrimientos que hacen erizar los pelos... Las ballenas del corsé, de acero, incrustadas en la carne... La camisa adherida á la piel, que salió con ella á tiras... los ojos ciegos... las costillas descubiertas, el hueso del brazo hecho carbón...”

—Segura estoy—dije interrumpiendo á Solís. —de que su madre de V., antes de morir, le perdonó y le bendijo.

Contestóme un ahogado grito del hombre que ya no podía reprimir la convulsión, y su voz, que apenas se oía.

“Eso... eso fué lo malo... el perdón maldito... No, si yo no tengo remordimientos... si yo no me arrepiento, no... Sólo quiero me quiten aquel perdón... y volveré á gozar, á reir, á tener amores, á comer, á vivir como los demás... El perdón... El perdón que me dió agonizando.. ¡Ese perdón! ¡Ah! ¡Qué venganza tan infame! El perdón es lo que yo tengo aquí... ¡De eso me muero!,”

Y seco ya el llanto, rugió una maldición, y salió huyendo como en la noche de su crimen.

Oí el portazo que dió, y quedé trémula, pesarosa de saber y queriendo saber más todavía.

No supe más. Ricardo de Solís no volvió á mi casa. Pocos días después desapareció de la villa y corte. Se cuenta que pasó al Africa y que en Tánger se pegó un tiro en la sien.

